

Eso de pasarse de listo le puede suceder a cualquiera, al más pintado. Así que también al filósofo; y —sea dicho como secuela de «todos» a «uno»— al que esto escribe.

Le pasó, entre otros, a dos grandes personas: a San Jerónimo y a Santo Tomás de Aquino. El primero, uno de los padres de la Iglesia; el segundo, proclamado oficialmente como Doctor Angélico, se pasaron de listos y en un punto grave y urgente, cual el de «pan de mañana».

La oración dominical —la del Señor Jesús— dice en el texto griego: «el pan nuestro de mañana, dánosle hoy». Y no esa tautología y ñoñológica traducción de «el pan nuestro de cada día, dánosle hoy». Si es de cada día, es de hoy. Aparte de que no vamos a injuriar al Padre celestial, el que está en los cielos, suponiendo que el pan de cada día, confesado ser nuestro, nos lo niegue hoy, y menos aún que el padre nuestro rehúse darnoslo.

Los genios pueden permitirse el lujo de no saber griego; claro está que mejor es, más modesta y previsoramente medida, no creerse demasiado pronto genio.

El caso es que Jerónimo fue genial, como traductor del Viejo y Nuevo Testamento, y supo griego. Tomás de Aquino fue genial, mas no supo griego. Con todo se pasaron los dos de listos por saber demasiada filosofía. Veámoslo y escarmentemos. La lección es ejemplar.

El texto griego de la oración dominical dice «el pan nuestro de mañana, dánosle hoy» (*Evangelio*, Mateo, 6, 9). Y eso de «mañana» no me lo invento yo, por ganas de avergonzar a la Comisión Bíblica de Roma, o desprestigiar a Santo Tomás, al Doctor Angélico, o a San Jerónimo, Padre de la Iglesia. La palabra *epiousion* se presenta en otros lugares del Nuevo Testamento, y significa «el día de mañana», «el siguiente a hoy» «el día próximo, inminente», así en Lucas, *Evangelio*, 11, 3; en Hechos de los Apóstoles, 7, 11; 16, 11; 20, 15; 21, 18.

Pedir a Dios, nuestro Padre que está en los cielos, que el pan de mañana nos lo dé hoy, es pedirle cosa humanamente razonabilísima. «*A cada día le basta con sus males*», había dicho Jesús, como consta por unos versículos después de la oración dominical (6, 34). Jesús nos dice con sencilla lógica que pidamos al Padre celestial, padre suyo y nuestro, el que a los cuidados y males de hoy no tengamos que añadir el de preocuparnos del pan de mañana. Así que nos lo dé ya hoy, y nos evite una preocupación más u ocasión de hacer algunos males o malas obras, apenas excusables por el hambre inminente. Que nos adelante un día el pan. Un día; no todo el pan de un año, menos aún el de cinco años. Adelanto de un día, plan de mañana; frente a nuestros planes quinquenales. Pero este punto puede aguardar unas líneas, de otro artículo.

«Un traguito de ciencia aparta de Dios; un buen trago, vuelve a Él», decía Bacon, aunque no de la manera mía, un poco desenfadada, de traducir aquí sus latines. Jerónimo había bebido, por aquellos tiempos de prestigio helenístico, su traguito de filosofía griega; y al leer la palabra «*epiousion*» en el texto griego de S. Mateo —traducción al griego de su original arameo, perdido—, debió saltar de contento y sentirse admirado. *Epiousion* le recordó lo de sustancia (*ousía*) y lo de super (*epi*). Jesús habría dicho a los sencillos e «insofisticados» pescadores galileos, nada menos el que pidieran al Padre celestial el pan sobresustancial, no el pan de cada día, del vulgar trigo, cebada o centeno que tenían que ganarse con el sudor de su frente. Jesús hablaba en filósofo superaristotélico que Aristóteles nunca hizo de *ousía* un superlativo, poniéndole delante eso de *epi*, de super.

Eso significaba *epiousion* para los neoplatónicos de los tiempos de Jerónimo —un poco los andaluces entre los filósofos de entonces. Jesús habló como hijo del pueblo a hijos del pueblo. Y no para teólogos neoplatónicos futuros. Ni para halagar la vanidad conceptual de los escolásticos medievales, Dios habría puesto, oculto en sus palabras, un sentido tan archifino que sólo ellos pudieron descifrar y sólo ellos apreciar; que a ellos fuera personalmente dirigido.

Los pobres hijos del pueblo, de su pueblo, del de Jesús, tenían que sudar la gota gorda para procurarse hoy el pan de mañana. Lo supo y lo experimentó Jesús durante treinta años de su vida, y no los ricachos, ni los de entonces ni los posteriores.

Veía Jesús, compasivo, la preocupación por el pan de mañana en las caras del pobre y sencillo pueblo presente que le escuchaba y a quien se dirigía sin secretas direcciones a sabios de este mundo. Y por eso les dijo, a ellos, a los que pueden rezar sinceramente «El Padre nuestro» —y no a los ricos que no tienen por qué rezarlo ni en familia ni en público— eso: «el pan nuestro de mañana, dánosle hoy». Nada de pan sobresustancial o espiritual, el pan principal (*praecipuum*), como dice el teólogo Tomás de Aquino, encantado y secretamente adulado por este oculto sentido de unas palabras de Jesús. Léase su conmovedor —por de sencilla vanidad teológica— comentario a la oración dominical en *Summa Theologica II, 2; quaest. 83, art. 9*.

El traguito de griego y filosofía apartó a San Jerónimo del sentido divinamente popular y humano de las palabras de Jesús, el hijo de carpintero. El trago de teología de Tomás de Aquino, lejos de volverle al pueblo, y al sentido del hijo del pueblo, le separó de los dos, que son uno. Filosofía y teología fueron la causa de que dos genios se a-saran de listos, en asunto de economía de la vida diaria, real, dura, despiadada del pueblo de todas las épocas, y de la nuestra al llamada «cristiana».

Escarmentemos en cabeza ajena, filósofos y filosofillos; tanto un traguito como un trago de filosofía pueden apartarnos por igual de la realidad de verdad humana, de la de cada día, de la de los que cuentan angustiosamente día a día, hora

a hora qué comerán hoy y qué mañana. No escamoteemos eso de pan de mañana por pan supersustancial, espiritual.

La filosofía puede hacer que nos pasemos de listos, por bien pagados y bien comidos. Poco amigos somos de rezar los filósofos, en general, y casi sin excepción. Pero si alguna vez rezamos o en nuestra presencia se reza «Padre nuestro que estás en los cielos...». —sobre todo repetido tantas veces cuantas entra en el Rosario—, seamos sinceros y reverentes hacia las palabras de Jesús y digamos por adentro, si es que no nos atrevemos a gritarlo en voz bien alta:

«El pan nuestro de mañana dáselo, Señor, a los pobres de hoy.»